



DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 64

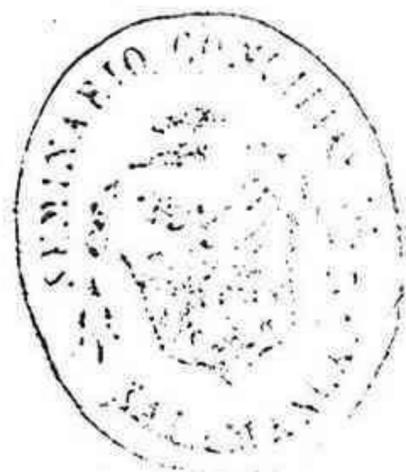
Salamanca 15 de Abril de 1911

AÑO VI

DE MI VIDA

IMPRESIONES

XXXVII



soy orgullosísima! ¿A qué negarlo? El primer caso en los anales del ejército alemán de un príncipe real, que haya ganado por oposición el puesto en la Academia de Guerra es mi hijo Adalberto, que ha obtenido el núm. 12 en el examen. El día en que, siguiendo su regla de no querer favores, me dijo: "yo no quiero entrar en la Academia, más que por oposición", le miré entusiasmada, pero sabiendo las duras pruebas que tenía que pasar le pregunté: ¿te atreves?—"O se hacen las cosas bien ó no se hacen", me contestó, recordándome el lema que ha to-

mado para todo. Aunque falte á la consigna de mis hijos, de no alabarlos, he de explicar, que ya había hecho muy bien su examen de oficial, al terminar la Escuela de Guerra y más tarde los estudios de la Escuela de Artillería. Lo mismo en su regimiento, que en los dos años que estuvo en la Escuela de Equitación, estaban contentos de él jefes, compañeros y soldados, ¡pero hay que saber lo que es la Academia de Guerra! Es la puerta para llegar al *sancta sanctorum*, al Estado Mayor. ¡Ah, si hubiera vivido Ibáñez Marín, qué bien os hubiera explicado, lo que esto quiere decir! El día que vino la noticia: "admitido", ¡cómo me faltó su aplauso!

Todo el que aspira á llegar á la cúspide, se prepara para este examen; es tanto lo que hay que estudiar, que la mayor parte de los aspirantes se descorazonan á la mitad del camino. A mi hijo le gustaba asustarme, señalando una hilera muy larga de libros en su cuarto: "todo eso tengo que saber". Y cuando yo entraba y me señalaba una silla, me sentaba muy quietecita en ella, sin atreverme casi á pestañear, y con mi calceta en la mano escuchaba satisfecha el ruido de su pluma llenando el papel. "Mira todo lo que he escrito", me decía algunas veces enseñándome las cuartillas, y yo no sé qué me daba más alegría, el que supiera tanto que decir, ó el que le gustase enseñármelo. Por fin llegó el día del examen; para las 20 plazas de la Academia se presentaron 90 oficiales, todos muy inteligentes, preparados con muchas horas de estudio, sacadas, la mayoría, del tiempo, que hubieran podido descansar del servicio. Al entrar en la sala recibe cada uno un número, para que marque con él sus trabajos; ninguno de ellos lleva firma y los jueces que los corrigen no conocen tampoco la letra de los oficiales, así es, que no puede influir en lo más mínimo la simpatía personal. El Director de la Academia acata el fallo irrevocable del tribunal, sobre el cual no tiene la menor influencia; cuando llegan los oficiales les da la bienvenida y recomienda á los que no tengan la suerte de estar entre los 20 primeros, que no se desanimen, porque el haberse presentado á la lucha prueba ya lo seriamente que toman la carrera militar.

Esta vez dijo que se felicitaba porque hubiera tomado un Príncipe la resolución varonil de estar entre ellos. Adalberto dice que llegado ese momento, viendo que el Director, que no le conocía, recorría las filas con la vista, preguntando:

“¿cuál será?”, creyó oportuno dar un taconazo, como contestando: “aquí estoy”. Después de esta presentación cada uno se sienta en su puesto. No les es permitido servirse de libros; tienen que sacar de su propia cabeza todo lo que escriben.

Llevan la exageración, cosa que casi ofendió á mi hijo por parecer desconfianza, hasta quitar los cajones de las mesas. El profesor dicta el tema, que debe desarrollarse por escrito en un espacio de tiempo determinado, durante el cual uno ó dos oficiales de Estado Mayor inspeccionan la sala, por si acaso alguno tuviese la tentación de mirar lo que escribe su vecino, expulsarlo en el acto. No sé bien cuáles son todas las asignaturas, que se les exigen: táctica, armas, fortificaciones, dibujar planos, historia, geografía, traducción larga y complicada del francés, sólo sé que el examen dura muchas horas, durante varios días, y que después hay que esperar, lo que para algunos se hace una eternidad, la sentencia del tribunal. ¡Los jueces tenían 600 trabajos que corregir, y cuando de una palabra depende toda la carrera de un muchacho, es una responsabilidad enorme!

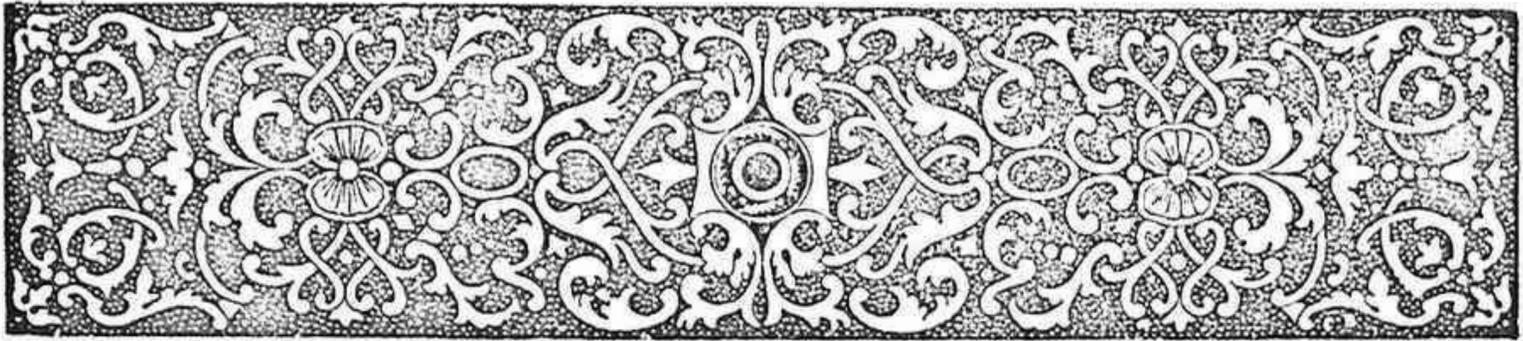
Un detalle no puedo pasar por alto, porque prueba ese orden envidiable que ha hecho tan grande á Alemania, y es, que está calculada la época del examen de modo, que se pueda saber el fallo del tribunal antes del 1.º de Abril, día en que se renueva el alquiler de las casas, para que los oficiales, que están en guarniciones de provincias, sepan á tiempo si deben tomar ó no habitación en la capital.

¡No pude menos de recordar con tristeza los pobres artistas, con sus cabezas tan llenas de ilusiones y sus bolsillos tan vacíos, que van á Madrid para hacer las oposiciones al tan soñado premio de Roma, y se les hace esperar un tiempo indefinido!

No quiero hacer más comparaciones en alta voz, hagámoslas por lo bajo, con un serio examen de conciencia, muy apropiado al tiempo pascual, y después de darnos golpes de pecho, hagamos propósito de enmienda.

PAZ.





NOCHE DEL ALMA

Cuando el alma, impregnada de tristeza,
En las silentes horas del olvido,
Devora una ilusión,
Repudiando del mundo la impureza,
Y sordo, de vivir al ronco ruido,
Reposa el corazón.

¡Ay!, en el fondo de mi pecho abrigo
Triste recuerdo, de feliz memoria,
Que aumenta el padecer;
Y fascinado sin poder, le sigo,
Fantasma encantador de luz y gloria,
¡Siempre, siempre tras él!

Y para reanimar su imagen pura,
Eformando en mi mente su aureola,
Quiero sólo vivir
En el silencio de la noche oscura,
Cuando vive en el mundo el alma sola
Y alejada de tí.

Aléjala de tí, falsa quimera,
Engendro, veleidoso de fortuna,
Fementido gozar,
Flor marchita de verde primavera,
Rayo fugaz de macilenta luna,
Engañoso soñar.

Quiero la muda sombra bienhechora,
La de tranquilos goces consejera,
De calma y de quietud;
La de placeres hondos precursora,
La de dicha inefable mensajera,
Dónde te encuentras ¡tú!

Allá en la soledad triste y serena,
De los astros al débil centelleo,
En la noche estival,
Miro tu imagen, de atractivos llena,
Y en tus pupilas mágicas me veo
Reflejo de tu afán.

En la tranquila espléndida llanura
De nuestra patria chica castellana
Allí te miro yo,
Y en el susurro blando de un aura pura,
Que va cruzando alegre la besana,
Escucho yo tu voz.

En los pinos que bordan los alcores
De nuestro campo ameno moraño
El aroma sentí,
Y comparé al aroma tus amores,
Que dan al corazón calma y sosiego
Con sus encantos mil.

Llevas en tu semblante la hermosura
De un huerto de amapolas y claveles,
Emblemas del pudor;
Y en tus rosados labios la dulzura
Del suave fruto de doradas mieles
De jugo embriagador.

¡Bella ilusión! ensueño de verano
En noche de luz pura diamantina,
De luna en el cenit.
Hacia tí tiendo mi cansada mano;
En su afán, hacia tí mi alma camina;
¡No te alejes de mí!

¡Ah, no te alejes, porque el alma llora
En los rudos contrastes de la vida
Perdida la ilusión;
¡Ah, no te alejes, sombra protectora,
Que abierta en ancha dolorosa herida
Se muere el corazón!

¡Pero es vano clamar! Luz, alegría,
Encantos bellos, dichas soñadoras
De mí lejos huid;
Para tí es el nacer del sol del día,
Para mí son las macilentas horas
De una noche sin fin.

C. DE LUCAS Y MARTÍN.



PILARES ILUSTRES

LA PRINCESA DE BAVIERA ⁽¹⁾



LA más gentil Princesa de cuantas de gentiles fama llevan, la dulce Princesita rubia de hermosos ojos zarcos, grandes, cuyo bello azul es envidia del color de cielo y mar, la descendiente augusta de Othón de Witeisbach y de cien reyes españoles, la Princesita simpática, de espíritu risueño, de noble y bondadoso continente, la princesita rubia de faz sonrosada, de frente candorosa, purísima, la Princesa Pilar de Baviera y de Borbón, postróse fervorosa no há mucho, ante la imagen de la Virgen patrona de la noble, hidalga tierra aragonesa.

Yo la ví, desde un ángulo ensombrecido del viejo templo mariano, penetrar en él, sencillamente ataviada, en las horas de prima noche de un día melancólico de otoño.

Y acercándome lento á la verja suntuosa de plata, de la acolumnada capilla, la ví piadosa musitar oraciones fervientes, plegarias amorosas, y subir luego las pequeñas gradas y posar una y más veces su boca, de color de fresa, en la santa, venerada imagen, y luego la ví fijar sus ojos interrogadores en la pequeña efigie y en el altar y en la capilla, con un miraje especial, encantador, ingenuo...

Con la Princesa iban los Príncipes sus padres: Paz de Borbón, la dama egregia, nobilísima, digna de toda ponderación y del mayor respeto, la que consagra todo el aliento de su

(1) Tomado de la revista *Anales del Pilar*.



PREMIO
LEGADO ROEL

NÚMERO 9

SIEMPRE el mismo propósito... Pero cuando llegaba el momento... una como pereza intelectual corría de arriba abajo transformada en sensación, y hombre perdido. Después, el mañana dichoso con cara de afirmativa resolución. Pura hipocresía... Nuevo amanecer, nueva resistencia. ¿Y por qué? No puedo yo escribir, lo que quiera? ¿A mí qué me importa de esto ni de aquello? Todo esto se dice bien; es muy fácil dialogar en la soledad con el espíritu... pero... manos á la obra... Ni por esas... Mañana, mañana y mañana. Fatídico mañana. ¿Por qué no será hoy? ¿ahora mismo?... Odio el mañana, cartelón infame donde anuncia arrogancias por debilidades, encogimientos, reparos, frivolidades, acaso cobardías, ridiculeces, hablillas. Amo entrañablemente el mañana, cuando es franco, esforzado, viril, prudente, atrevido; cuando lo mismo le da por lo que toma, como por lo que deja. Si es discreto, le basta. Después venga lo que quiera, murmuraciones, calumnias, sinsabores, trabajos, cuanto más, mejor. No faltar á nadie es mi lema, ser agradecido á los favores, pagar con amores los desdenes y hacer bien todas las cosas... Y, sobre todo, amar á Dios muy de veras, con toda el alma.

En estas situaciones de hoy, de mañana, aunque es una la causa que aparece como disculpa, para no determinarse uno á la ejecución, pero suelen andar muchas entre sombras; y son, en realidad, las que nos atan y emperezan la pluma. Y

se necesita todo el arrojo de hombre atrevido para saltar por encima de todos ellos y ponerse en un punto donde está el deseo. Son, aunque diluídas y raquíticas, al parecer, de mucha cuenta y muy temerosas... ¡Ya, ya! ¡son de oro!

Y lo que yo pretendía, y no llegaba, es cosa muy sencilla. Que hace tiempo quería escribir unas cuartillas en alabanza de un corazón muy teresiano, que van á salir ahora mismo, sin más rodeos ni más nada. ¿Y dónde no hay dificultades y hablillas?... En el otro mundo.

Fuimos condiscípulos; y ya se vió entonces claro talento y singular agudeza: buena memoria y movable imaginación. Hasta en los andares se denunciaba este conjunto de variadas cualidades, mas según mi juicio, en aquellos días de inquieta y bullidora juventud, salía entre todas la imaginación. Hacía y repetía versos con muy admirada facilidad.

Hoy D. José Polo Benito, que así se llama el amigo mío, es Canónigo de Plasencia, después de lucidos ejercicios escolásticos y escritura de un artículo de periódico. Brilló en aquellas oposiciones, y fueron muchas y de calidad las enhorabuenas que recibió. Es de recia compleción espiritual, trabajador, afable, hombre que sabe dar la nota del día sin fingimientos, sin abdicaciones.

Cuando estuvo en Salamanca, antes de ir á Plasencia, ya se distinguía como hombre de cultura, muy dado al periodismo, donde ganó laureles en memorables campañas. Hoy es una personalidad periodística. Dirige en Plasencia *El Regional*, de muy lindo aspecto y con una lectura entretenida y de meollo.

Pocos como él para enfilear discretas y graciosas redondillas contra demasías de modas y juegos, ambiciones y soberbias. Allí donde reina un vicio, le busca enseguida las vuel-



M. I. SR. D. JOSÉ POLO BENITO
Canónigo de Plasencia, distinguido periodista
católico, premiado
por la Sociedad Española de Higiene

tas, para ponerle bien un par de banderillas, que hagan sangre, sin daño de la honra. No tiene nada de vulgar ni de frívolo en sus escritos; son, además de serios, muy ajustados á las normas del gusto. Cálidos, eso sí, con pasión. Sólo en esa forma pueden hacer mella. Es la suya muy envidiable facilidad. Son nombrados sus triunfos. Es un espíritu entero, batallador, de acometer y resolver dificultades.

En las Jurdes anda su nombre en labios de todos: es de carácter jovial, abierto; tiene para todos dulces palabras, y procura después con todo empeño atender las súplicas de los humildes. De los amigos no se diga nada, es capaz de echar el bofe por ellos. ¡Cuánto ha trabajado en las Jurdes! ¡Cuántas idas y venidas! ¡Cuántos días desabridos por aquellos vericuetos! ¡Cuántos artículos, cuántos versos, cuántos discursos, cuántas cartas, cuántos sinsabores! y todo por el bien: por la redención de miserables. Para estas obras son necesarios ánimos de mucho esfuerzo personal...

Sí, la historia... Acaso hable la historia... A lo menos los jurdanos y las rocas de aquellas ásperas montañas, repetirán con dulzura su nombre.

No hace muchos días leí un folleto. Su portada, que no es muy artística, traía en letras muy gordas: "Premio. Legado Roel número 9.". Seguí leyendo: "Sociedad Española de Higiene.". Un poco más abajo: "El hogar jurdano. Consejos para la construcción en las Jurdes de viviendas sanas y baratas..".

Iba leyendo muy despacio. Los ojos, aunque muy de veras lo pretendían, no les era dado correr sobre la cubierta del folleto. Tal les sucedía, á mi ver, porque allá, en lo más remoto del alma, por entre las varañas espirituales de un presentimiento, iba como apareciendo, sin aparecer, la figura de un rostro humano. Traía, por otra parte, muy claras señales de persona para mí estimada y conocida. Y como suele suceder en tales casos, se dividió la atención de tal manera, que ni leía ni dejaba de leer, como si estuviera el ánimo suspenso entre dos cosas opuestas, como son la de leer una cosa y sentir que viene otra al pensamiento.

Todo fué de un momento, y como relámpago cruzaron y se realizaron estas tres cosas. Leí la portada del folleto, hice esta pregunta: ¿será Polo Benito?, y ví clarísimo el rostro del amigo. Sentí un revuelo profundo de gratas alegrías. Se revolvieron multitud de recuerdos, de ideas, de tropelías, de

ensueños, de versos, de publicaciones, de juventudes, de colegios, un tumultuoso volumen de muchas cosas, de muchísimas, que por cierto pugnaban por salir todas juntas, y me ví negro para detenerlas y asentarlas bien, como antes estaban, en los dorados aposentos del alma. ¿Quién duda que pedían cosa razonable? Yo venía con ellas en querer decirlas todas, porque todas se hubieran convertido en alabanzas, pero ¿dónde íbamos á parar? No cogían en muchas cuartillas, y lo que merece un libro no debe aparecer en muy ligera semblanza. Yo conozco además su carácter y no le hubiera gustado.

El folleto está escrito con mucho amor y mucha cordura; la forma y el estilo en estas cosas, no es lo más principal. No falta nada en él; á todo atiende y todo lo previene, hasta las medidas á que deberían ajustarse los que hicieran las viviendas. Lo que él busca es que favorezcan á los jurdanos. Sólo por esto merece el premio y muchas alabanzas, tan sinceras y cumplidas como la mía. El trabajo es vida y premio, y en muchas ocasiones labra él la inmortalidad.

Es además Polo Benito muy amante de Santa Teresa. Allí donde tiene ocasión, lo mismo en periódicos, que en conferencias, que en conversaciones, habla con inusitado calor de Santa Teresa. Quiere que el nombre de la Santa sea tan conocido en Extremadura como en Castilla. No merece menos para él que una Basílica la noble Virgen de Avila, y está enamorado de la idea.

Algún malicioso me dice al oído que anduvo su nombre en periódicos por una antigua campaña. Bien... ¿Fué deshonor?... Allá va, en latín, lo que ahora de repente se me ocurre, para unos y para otros, para los de acá y los de allá... *Mirabantur Judei.*

ENRIQUE DE VILLENA Y MONTALBÁN.





LA HERENCIA

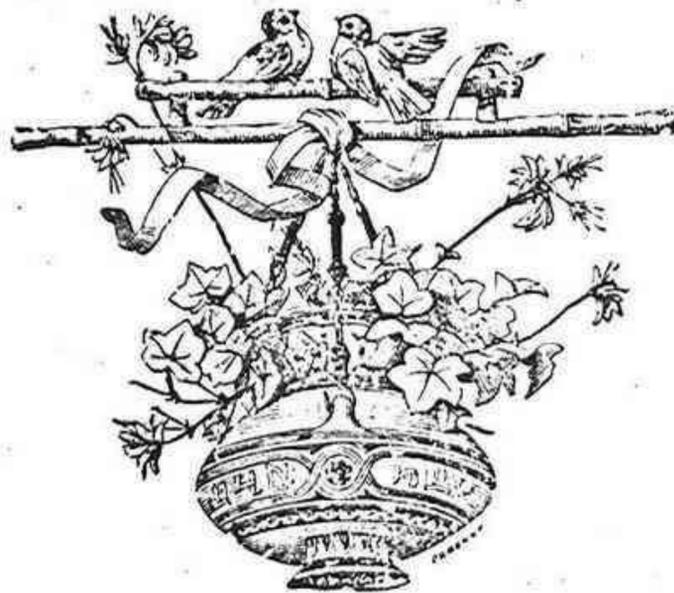
Al ver el mundo parsimonia tanta
en ocasiones mil creyólo avaro;
otras por compasión lo llamó raro
mirando con desprecio
manera de vivir tan pura y santa,
inasequible al entender del necio;
mas él que siempre levantó sus ojos
á donde brilla la virtud desnuda,
si nunca tuvo contra el mundo enojos,
tuvo sí una sonrisa y lengua muda,
á las falsas, hipócritas razones
con que juzgaba el mundo sus acciones,
y sin más ambición, sin otro anhelo,
que hacer el bien do necesario fuera,
fué siguiendo del mundo la carrera
por el camino que conduce al cielo;
cuanto más el favor le sonreía,
cuanto más la fortuna le encumbraba,
más pobre parecía,
y más lejos huía
del mundo que atraerle procuraba;
para él la vanidad siempre locura
y del mundo el placer fué siempre sueño:
¡juzgó lo de aquí abajo muy pequeño
para buscar en ello su ventura!
Llegó por fin la suspirada hora,
el anhelado instante
en que vió columbrar pura y radiante
de la vida eternal la bella aurora;
llegó al fin el momento de su muerte
y fué su muerte de su vida espejo,
que su solemne voluntad postrera,
de su pasada vida fiel reflejo,

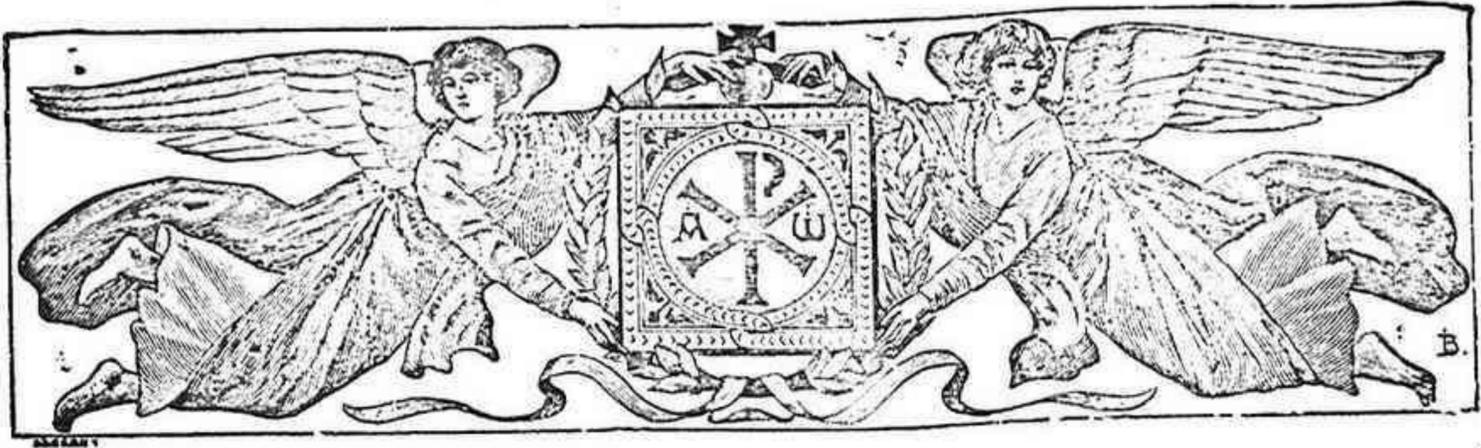
al mundo demostró bien claramente,
el postrer pensamiento de su mente.
El que halló en la pobreza sus placeres
en el transcurso de su vida toda
y gastó con los pobres sus haberes,
 viendo en cada mendigo,
 en cada pordiosero
 un verdadero amigo;
más aún, un hermano verdadero,
 que nunca tendió en vano,
á su bolsillo suplicante mano,
 su voluntad postrera
 dispuso de manera
 que acabada su vida,
tan sólo dieran á sus miembros yertos
una fosa en la tierra bendecida,
donde reposan los cristianos muertos;
mas nada de coronas ni de flores,
 nada de esos honores
pueriles vanidades y locuras
que suelen adornar las sepulturas,
 de los «grandes señores»,
que esclavizando á todo sér humano,
fueron esclavos de su orgullo insano.
 Fué la lección postrera
que al mundo diera su saber profundo.
 Mas ¡qué torpe fué el mundo!
Jamás llegó á grabar en su conciencia
lección alguna de tan sabia ciencia.
Apenas sepultado lo dejaron
en la fosa común del cementerio
 y á casa regresaron;
no faltó quien ajeno á sus lecciones,
registró con sigilo y gran misterio
todos los escondrijos y rincones
de la humilde morada del difunto,
creyendo en su avaricia desmedida
 encontrar allí junto
todo el producto de tan parca vida.
¡Oh! ¡Qué mal comprendiste, mundo necio,
 aquel santo desprecio
con que miraba el muerto tus metales!
Siempre fijos sus ojos en la altura
ha llevado consigo sus caudales
para comprar con ellos su ventura.
 Encontraras su herencia,
si fueres á buscarla en la conciencia
de tantos pordioseros y mendigos,
que fueron en su vida sus amigos,

y á la par que bendicen su memoria,
al cielo mandan santas oraciones,
pidiendo al cielo premie sus acciones,
dándole en recompensa eterna gloria.

JUAN ANTONIO MARTIN IGLESIAS.

Villasbuenas, Diciembre de 1910.





CONVERSACIÓN DE AMISTAD



DE la oración y de otros ejercicios de piedad escribió muchas y lindas cosas Santa Teresa de Jesús. El suyo, según todos los entendidos, es un misticismo de acción, de franca y airosa renovación espiritual.

Traen las palabras y consejos de la Santa un aire de elegancia, casticismo y sinceridad, que son agradables en extremo; y arrastran luego en sentidas esperanzas, en muy dulces resoluciones, para el bien moral. Encierran además muy elevada sabiduría; y bien claro muestran, que antes de manifestarse en la escritura, fermentaron en su corazón al fuego intenso de la caridad. Parece realmente, según vas leyendo sus escritos, que tropiezas y pones los ojos en reguero interminable de centellas. Tal es la vida que respiran, la sensación de embeleso que transmiten. De mí sé decir que en seguida me roban sentidos y potencias. Y llamé centellas á sus palabras, porque muy bien lo parecen según están encendidas en amores. De ahí es que alumbren el entendimiento con celestiales resplandores; abrasen el alma convehementes deseos de gloria, de verdad y de justicia, y en un punto matan los groseros sensualismos de sentidos y pecados.

¡Oh, dulcísima Virgen de Avila! ¡Quién te hubiera conocido siempre como ahora, y siempre te hubiera amado!

¡Nadie en mi presencia hable mal de tus escritos y palabras, porque no sufriré atrevimientos! ¡Unos dicen que eres ángel, otros que eres artista! ¡Te adoro como ángel y te admiro sinceramente como artista!

Ya sé que hay de todo en la viña del Señor. Que existen hombres, y ahora los llaman letrados, á quienes se les caen de las manos tus escritos... No puedo resistir la tentación de llamarlos frívolos, pueriles... Los otros epítetos hartos se ven claros en sus pardas ignorancias... en su crudo y hosco sectarismo

Tan cálidos fervores á voz en grito están pidiendo regeneración, ideales, revolución social. Al que asusten estas palabras, póngase con el fariseo ante el altar, y como él dé voces de santidad, yo en el rincón obscuro de mi espíritu lloraré y pediré perdón á Dios, que si me lo otorga, se me dará muy poco de voces y piedades de corazones ignaros y protervos.

Nadie, pues, alabe ni recrimine mi determinación; pues con mucha diligencia coloqué otras palabras antes que la de *revolución*, á la que hoy suelen atribuir torcido significado. Se pide en esa palabra una renovación amplia, de todos los días, de todos los hombres, de todos los pueblos, sin zozobras, sin sangre de inocentes, ni furias de sectarios. Con decir esto, sé muy bien que llegué á tiempo de cortar el insensato alborozo de izquierdas y radicales, que con notoria malevolencia ponen en el bronco sonido de esta palabra vértigos de revueltas multitudes, pidiendo venganzas y muertes en el nombre de justas ó injustas revindicaciones

Menos hay razón para que vengan á mí centellas en las miradas de los cándidos é inmaculados ojos de la bondad, de las extremas derechas, que yo adoro sinceramente.

Hay una santa, encantadora, celestial revolución. No es, por cierto, la que pregonan impuros radicalismos, furioses de secta, libros de impíos, condenadas orientaciones, férreos envoltorios, sañudas y feroces multitudes... ¿Dónde, pues, la revolución ecuánime, encantadora?... ¿No está en el sufrimiento..., en el dolor..., en la muerte?... Sí, está en el sacrificio, en la cruz, en el Calvario. ¡Oh, locura de los hombres, cuándo entenderás estas palabras! ¡Qué escondidos ideales encierran! ¡Qué lumbre de amor y de filantropía! ¡Cuánta humanidad, cuánta ciencia, cuántas populares revindicaciones! ¡Ignaros, necios, incultos, negreros, los que no escucháis tantas enseñanzas! Allí está, lo que buscáis con tantos anhelos, donde no se oye la infame detonación de ultrajantes blasfemias; allí está, donde se afirman con esfuerzo de



El pasmo de Sicilia (Rafael)

(Del Museo del Prado).

arrogante caballero, la defensa de arraigados ideales; allí está, de donde vienen al pueblo derechos cumplidos, verdaderas redenciones; allí está, donde se muere, sonriendo por la verdad y la justicia; allí, donde no se derrama sangre inocente, ni se envenena la opinión pública, ni se compran teas incendiarias, ni se oye la bronca palabra de traición.

¡Oh, qué fecunda y sublime se aparece esta revolución de santidades por entre los enredados culebreos de pasiones mundanas! Aunque apenas me dejan contemplarla las pláticas y murmuraciones de vulgares intelectuales, ¡qué profundamente asentada, qué imperiosamente ordena y manda á sus emisarios, para que pongan fuego de caridad, de justicia, de derechos entre los hombres! ¡Son los principios que defiende á manera de luminarias ingentes, que han de ver los pueblos, aun estando envueltos en tinieblas de desórdenes y de pecados! Y con entereza de verdad arroja de sí, á los que no creyeron las cosas invisibles por la lumbre y razón de las visibles; les dijo que no eran dioses la razón, ni la ciencia, ni la política, ni la vida, ni la muerte, y como no escucharon sus palabras, fueron pasados á cuchillo, como se lo había prevenido, en el campo desordenado de Babilonia.

Fueron al lugar de los tormentos, cayó sobre ellos el inmenso desprecio de la humanidad; rieron de ellos con estridencias de eternidad los siglos y las generaciones. *Non sunt dii.*

Esto se aprende en la oración, y se rumia después en días serenos ó turbulentos de la vida humana. Y por aquella asentada rumia de celestiales verdades, de íntimos desengaños, se ven caer poco á poco en la fosa honda del discernimiento las apariencias burlonas de las cosas, que se dijeron placeres, cuando eran en realidad punzantes espinas. Es como puede apreciarse el valor social de la redención, como pueden explicarse los problemas de la vida, la única manera de juntar capital y trabajo, aristocracia y democracia.

La oración es como martillo que va clavando en el alma y remachando, para que nunca se arranquen, los dorados clavos de las virtudes. Así vienen al alma esfuerzos, y caballerosidades, y filantropías y caridades que harán del mundo nuevo paraíso. Todo lo demás será andar por las ramas, sin llegar nunca al verdadero y fecundo progreso de las masas populares.

En la oración está como en germen poderoso la ecuánime, la redentora y dichosa revolución social. ¡Oh, dichosos Magdalenas, Pablos, Agustines! ¡Roma, Circos, Zaragoza! ¡Todos valientes, esforzados caballeros de Cristo! ¡Lujosa, arrogante epopeya cristiana, salve!

Crea todo el mundo en el esfuerzo personal, en la virtud del sacrificio, en el arrojado de la caridad. Nadie tema, nadie se arredre, nadie huya. Es poderosa la oración para abrir las alturas de los cielos, endurecer de manera el corazón, que nunca se rinda á las imposturas de venales teorías modernas. Derramad el espíritu delante del Señor, y seréis como leones en la lucha contra los rudos embates de los enemigos.

En la oración se temple el espíritu para resistir intrépido el torrente de furiosas humanas ambiciones; y aprende el lugar de donde vienen al hombre y á la sociedad fraternas armonías. No es la oración el refugio del haragán y perezoso, es el yunque donde se forjan las energías espirituales, donde se acumulan, se reconcentran las energías del compuesto humano, para salir entendidas, ordenadas, bizarras, á la lucha, á la reconquista de justicias sociales. No es la oración punto de reunión, donde se juntan sentidos y potencias para maquinar ruidosas y agudas agitaciones populares, es, por el contrario, augusta soledad, donde se terminan, se piensan y se solucionan los grandes conflictos del porvenir. La oración no es pereza, es trabajo; no es neismo, incultura, es civilización, sabiduría; no es dogmatismo ni intransigencia, es caridad y tolerancia; no es inacción, pobreza, ruindad, es acción, riqueza, heroísmo. Es la oración de tonos blandos y suaves con los desheredados, de recio amartillar contra las pasiones, de una subida estética espiritual, que pone encantos en el rostro, francas palabras en los labios prudentes ardores en el ánimo, fuegos en el corazón.

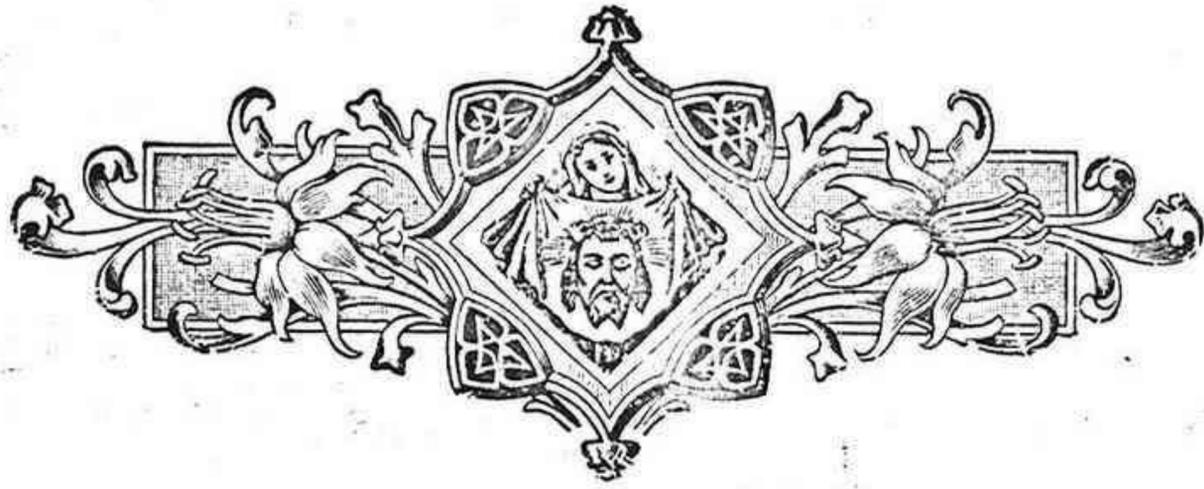
Valiendo una comparación, es regocijado amanecer de esperanzas, como lo es de placeres el rico amanecer del mes de Mayo. En aquellas noches plácidas, solemnes, dispone y prepara sus hechizos la aurora, para que responda la munificencia de su porte, al recibimiento triunfal concertado por los seres, para el momento de la entrada. Y es de ver la natural arrogancia de su figura y el correr presuroso de la vida, con su corte interminable de los seres, para dar todos su nombre, y entregar la nota de sus derechos y alegrías en aquel univer-

sal concierto de mutuas gratitudes y alabanzas. ¡Placentero vivir, el concertado vivir de la creación! ¡Dulce vivir, el que trae sedantes placeres de universal armonía! ¡Sabroso vivir, el reconocimiento de derechos y deberes! ¡Mil veces deseado el vivir íntimo de la soledad y la virtud! ¡Oh, qué suave, qué regalada paz la del espíritu que descansa en los brazos poderosos de Dios! ¡Oh, qué intensas conmociones de salud y de vida, las que vienen al alma en los cruentos sacrificios de la Cruz! La oración es el encanto de las almas nobles, esforzadas. La oración es ganancia, abundante cosecha en obras de redención. La única que sabe adaptar un gesto heroico cuando vino furioso el dolor, la persecución. Nadie como ella, en plácida sonrisa, deja misericordias y dinero en la desencajada mano de la miseria. Sean arrollados en el día de las justicias sociales, los que se levantaron contra la oración y los orantes.

Sé bien que serán tundidos contra el suelo de la desesperación, los que se sentaron en cátedra de pestilencia. Sean raídos sus nombres del libro de la vida, ó queden allí para vilipendio de sus locos pensamientos. Morirán en pleno día de ignorancias sociales, y les cogerá siempre, sobre todo en la hora tremenda de la muerte, el pavor de sus deslealtades. Pero fenecerá el deseo de los impíos, fué adulterador de opinión pública, y ésta se vengó nombrándole radical y nefando á los intereses del pueblo. Solamente es bienaventurado, el que no corrió desalado en pos del oro ni la plata, el que estimó en más la ley de Dios y de la humanidad, que el oro y el topacio. Y si pidiera en vida ó en muerte una estatua á sus parciales, al punto se lanzará contra ellos la *humanidad consciente*, los nobles, los caballeros, los que aman al pueblo y á la patria para deponer vivas protestas, fulminantes apóstrofes ante el desafuero de viles inmorales radicalismos. La estatua y la inmortalidad es baldón para los impíos.

TOMÁS VICENTE DEL ARCO.





Á LA VIRGEN DE LOS DOLORES

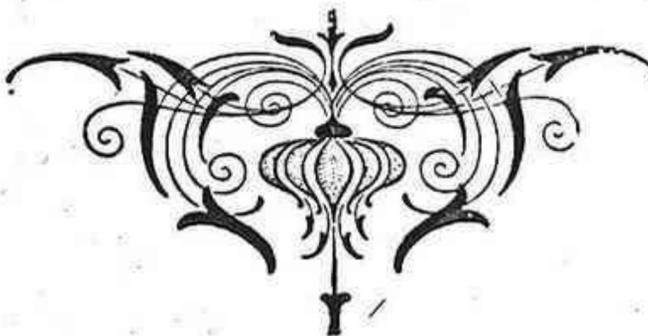
Oh vos, que probásteis de amor las angustias
Al ver caras prendas dolientes y mustias,
Mirad si hay quebranto
Que iguale mi llanto,
Que iguale mi pena, mi intenso dolor.
Soy madre infelice de un hijo doliente
Que es presa inhumana de pérfida gente;
Del pueblo que ha amado
Vendido, entregado,
El cáliz bebiendo de inmenso amargor.

Herida con dardo de amor más profundo
Por hijo del alma no hay madre en el mundo;
Con todo estos ojos
Le han visto despojos
Y burla y sarcasmo de rudo tropel.
Han visto su frente de espinas ceñida,
Con tosco madero su espalda oprimida,
Y entre ásperas penas
De duras cadenas
Caer bajo el peso del leño cruel.

Lamenta, lamenta, oh ánima pía;
Siquier compadece á tu madre María;
Ya vibra en la mano
Martillo tirano,
Ya en rígido lecho estiran mal bien.
Ya clavos traspasan sus carnes benditas,
Sus puntas remachan las manos malditas,
Y aquella natura
Más santa y más pura
En alto desnuda pendiente la ven.

Por horas cansadas la acerba agonía
Del hijo colgado también fué la mía;
Y sólo una pena,
La muerte, fué ajena,
Que fuera mi anhelo, mi alivio mejor.
Al fin se me ha dado vivir ¡pena fuerte!
Pues, muerto mi hijo, la vida me es muerte.
¡Oh ánima pía,
Consuela á María,
Consuela á tu Madre, amando al Señor!

Trad. e imit. del P. D. Matheo Testa.
G. H.





«¡T'ADAY PROBEZA!»

NOVELA DE COSTUMBRES CHARRAS

IV

La Rebeza



¿MINTIÓ quien dijo que la juventud olvida presto sus querellas y sus aficiones.

El tiempo mata las penas, si son fugaces, y no hacen más impresión en el ánimo que el latigazo del momento; pero cuando el dolor callado mina el alma, porque la afición fué de raigambre honda, no está en manos de Saturno borrar el sedimento de amargura que queda en el espíritu doliente, y que la ola de los celos ó de los rencores mueve en vaivén continuo.

¿Qué extraño, pues, que á los dos días de apartamiento no hubieran olvidado sus cariños Colasa y Manuel?

No... A pesar de todo se querían, y aquello necesitaba una explicación.

Y *velay* por donde habemos de comenzar el relato de sus amores, por las primeras cántigas de un idilio muriente. (Perdone el lector el modernismo).

*
* *

Andaban en la hoja los gañanes, dando al aire sus quejas y lamentos, sus alegrías y sus dolores, besana arriba y besana abajo, con aquellas voces desgarradas y chillonas, de cadencias monótonas y largas, que hicieron el poema del gañán

de nuestros campos; y Colasa, porque el tiempo era bueno y por huir sus tristezas, montada en un manso borriquillo, iba á la rebeza, pareja adelante, que agujijoneaba el zagal de la majada.

Iban á sustituir los bueyes del trabajo, en la ruda tarea de volver el rastrojo; pero no al hombre que, de sol á sol, inclinado sobre la manquera, va regando con gotas de sudor el surco árido de la madre tierra.

Llevábanle, en cambio, la comida, y con esto pudiéramos excusarnos de decir que era la hora meridiana.

Mas aquel año tocaba la hoja de Valgrande, hoja apartada del casco del pueblo; y así Colasa, cansada de meditar sus cosas, llamó al zagalillo, que silbaba un aire del país, interrumpido á las veces con las voces con que arreaba la yunta.

—¡Caralegre!

—¿Qué quiés? ..

—Que vengas, hombre.

—Amos... Arrea tú al Coplecro.

Y se emparejaron.

—Oye... ¿No has visto á Manuel?

—¿A qué Manuel?... ¿Al del tío Jacinto?

—Al mesmo, hombre.

—¿No es tu novio?—preguntó, sonriendo maliciosamente, el rapaz, como diciendo ¿á mí qué me preguntas?

—Eso dicen... ¿Pero tú l'has visto hoy?

—Sí, mujer...: Pa los Cornejales andaba arando esta mañana.

—¿Entonces estará cerca de ande anda el tío Rinchones?

—Mía tú, á la vera. Como que si no han acabao s'ajuntarán á comer á la fuente de la Encina.

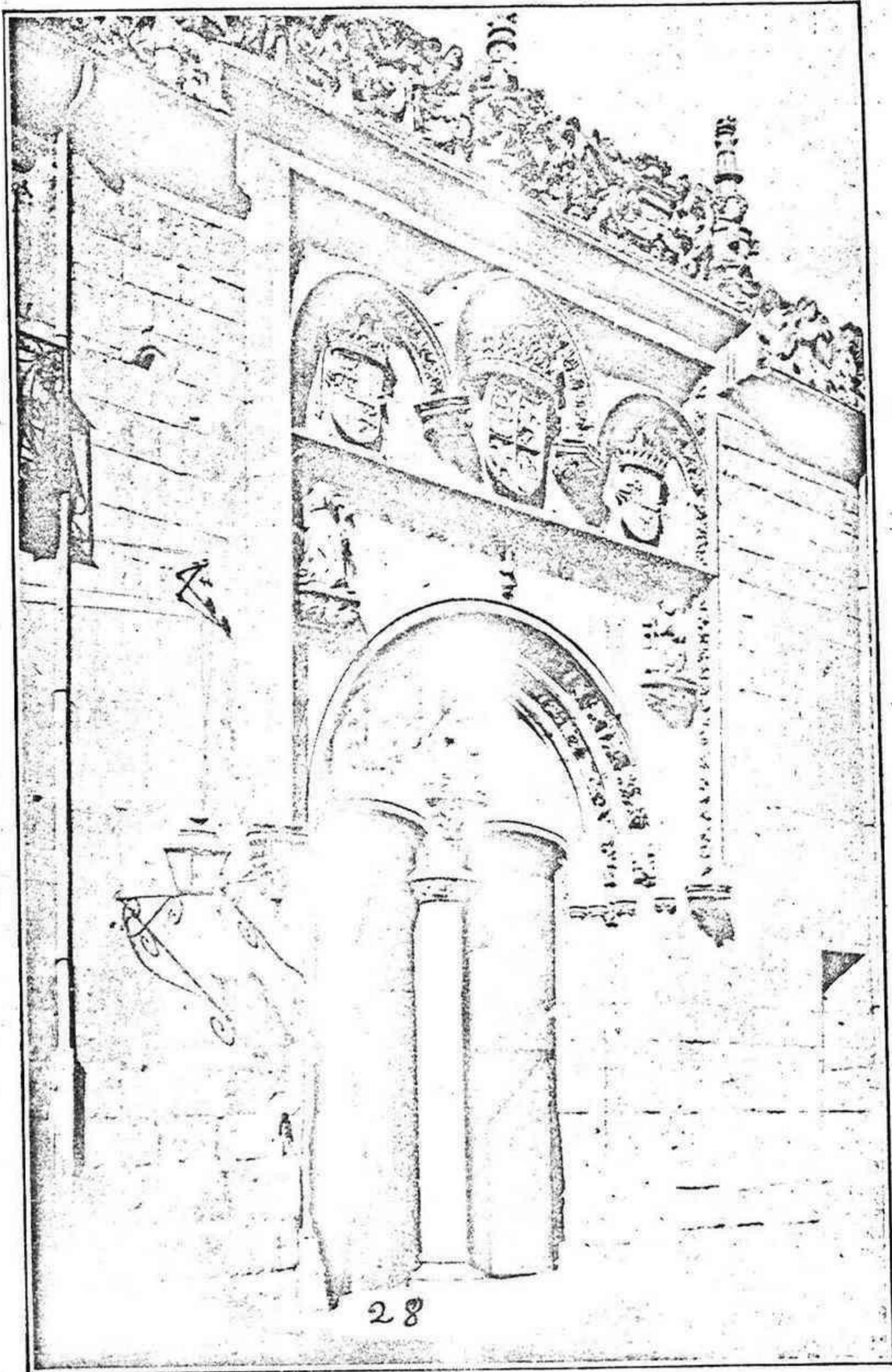
—Ya—murmuró Colasa;—y calló.

Se iban á ver, y ya se sabe, tenían que contarse tanto, ¡tanto!

Caralegre se encogió de hombros, y ¡arre Lucero!... ¡arre güe!...

La dama que quiere á dos,
no es tonta, que es entendía,
si una vela se le apaga
otra le queda encendía.

*
* *



Fachada de la Secretaría de la Universidad

—¡Pijotero muchacho!... Mía por dónde sale... Y eso que, ¡calla! ¡paice que tiene su intríngulis la copla!

Y vuelta á la rumia.

El corazón humano es así: cuando se apasiona por un objeto parece el duende de la pesadilla; y luego la loca de la casa, quimereando á su sabor, no hay hora de reposo.

• Pero mire usted por dónde quiso su mala estrella que, llegando á Valgrande, lo primero que se echó á la cara fué á *Pelegrín*, quien no acabó de columbrarla, cuando, soltando el *arao*, fuése á su encuentro; como de costumbre, á aturdir-la, á marearla con sus *burrás*.

De buena gana hubiera querido Colasa que el Coplero tuviera alas, alas para huir de aquel *abejaruco*; pero no había remedio; había que aguantar la *toná* y el rebuzno.

Por cierto que al borriquillo se le hincharon las narices, y comenzó á *rosnar* de tal suerte, que Caralegre no pudo contenerse y gritó: —Mialo ¡probe animal!.. Pae que lo conoce.

—¡Como vaya á tí, arrejacle, te voy á poner lacha, que no la tienes!—gruñó encolerizado el mozo.—Y luego, con aire meloso, añadió, dirigiéndose á Colasa:—¿Ande va la mi moza?

—¿A tí qué t'importa?

—¡Vaya por Dios, mujer! ¿Has pisao mala yerba esta mañana?

—No toa la que quiero.

—Pos, hija, pacencia... El caso es, que quieras que no, has de caer del burro.

—¿Pero tú qué t'has creío, peazo animal?

—Amos, mujer... No te den tan fuertes.

—Bueno; déjame en paz. Tú no tienes ná que ver conmigo.

—¡Adiós, princesa!... Ya t'acordarás cuando seas mía.

—¡Tuya!... Antes monja.

Y como si al conjuro mágico de aquella frase última hubiera respondido el aura, sonó á lo lejos, en la besana, esta copla:

Arriba el limón,
abajo la hojaaaa...
Ya te puedes meter monja
de la religión
que quieras;

que el galán que te rondaba
ha roto la escarapela.

* * *

Aquella voz no se confundía con ninguna otra: era la de Manuel: una voz llena y sonora, que se oía de lejos con entonación viril, canto de raza austera y noble, hecha á la lucha y al dolor, al sentimiento y á la vida.

Y no sabemos por qué á Colasa le dió un vuelco el corazón y sintió las punzadas del dolor acerbo que la contrariedad deja en el alma.

Pero fué pasajero.

La fuente de la Encina, punto de reunión de los gañanes, era una esperanza. Se verían...

Y, en efecto, fueron llegando los mozos, los esclavos, los titanes de la brega, de rostros curtidos y músculos de acero... y entre ellos... no vino Manuel.

Mozas y mozos, jóvenes y ancianos, perros y zagales, juntáronse en corrillos y diéronse á la jugosa tarea de embaular un sabroso cocido con más hambre que un maestro de escuela sin paga.

Menudearon los tragos de agua cristalina, y como ni unos ni otros eran para estar callados, á vuelta de algunas intencionadas pullas, entablóse una *palra* general sobre la sementera y el ganao y los amoríos y achaques de la gente.

—Pero ¡coino!—apuntó á cierto tiempo el tío Patotas.—¿Hais visto ese Manuel?... Ni tan siquiá quié cuentas con nosotros.

—Bueno está él pa gromas. Más perdió que Carracuca—observó con perversa intención Peregrín, mirando de reojo á Colasa.

Esta se mordió los labios con ira.

—Sí, ya lo icía el tío Chancas...

—¡Valiente tío!... ¿Qué es lo que icía?

—Ná, mujer... Qu' ese no rebeza hogaño... Al tío Jacinto no le queda más que el cayao pa guardar las gamonas .. Empeño hasta los ojos.

—¿Será de lo que tú l'has emprestao?

—Será de lo que sea... Pero lo dicho, dicho.

—Pos, hombre,—terció Patotas—la verdá es que el probe

ha trabajao como el que más, y qu'el muchacho vale más que toos vosotros juntos. Ya icía yo c'algo gordo le pasaba.

—No paice sino que usté lo ha parío (?)

—Amos, Ana, que ya quisías tú que te rondase.

—¿Yo?

—Tú, sí, tú—saltó ya encorajinada Colasa. --Tú y las otras que os estáis muriendo de envidia. Lo mesmo que éste (señalando á Pelegrín) que sólo habla por detrás...

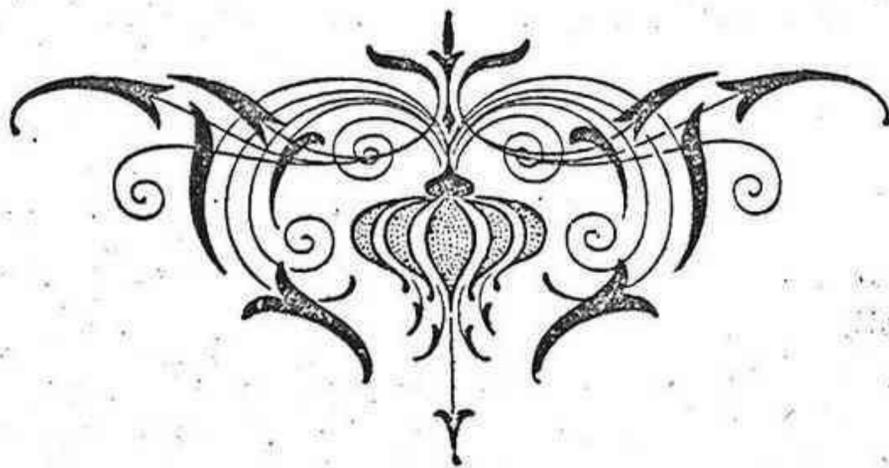
—Oye tú.... Eso más poco á poco.

—¡Arrea la mohina, salerosa!

—Te pa tí la niña (?)

Estas y otras mal intencionadas agudezas contestaron al arranque de Colasa, que volviéndoles la espalda, con ademán de reina ofendida, apresuróse á alzar los manteles, y al poco rato tornaba al pueblo murmurando:—Toos lo mesmo. ¡Interesaos!

ANDRÉS RUBIO POLO.





Utilidad de las aves insectívoras. — Así se titula un folleto, que acaba de salir á la luz pública, escrito y firmado por el ilustre y sabio ingeniero D. Antonio García Maceira.

Yo que conozco bien el claro ingenio y sincero cristianismo de D. Antonio García Maceira, quiero hacer una confesión, para que nada vaya contra mí, si dijere alguna alabanza. Y es, enviar delante que todos los encomios serán para los mismos lectores y ninguno para el escritor ni para la obra. Digo que siento en el alma no poner aquí los que uno y otro merecen, pues conozco de sobra, que son muchos y muy repetidos, los que caerían bien sobre el autor y sus escritos. Donde hay talentos y sacrificios allí se piden con mucha razón alabanzas y laureles para los que emplearon sus talentos y sacrificios en pro de la ciencia y de la humanidad. Una cosa me contenta, y es que los entendidos harán calurosas apologías así que lean el mencionado folleto.

Se cuentan en él muy curiosas cualidades de las aves insectívoras, y con datos y sentencias de eminentes ornitólogos alumbrá claramente y convence después al lector sobre las útiles cualidades de las aves. Muy especialmente porque algunas de estas aves son tenidas en el vulgo, como de positiva inutilidad y aun algunas de ellas como contrarias á las plantas y campos, donde según ellos hacen daños grandes ó pequeños. Por aquí se sacará las grandes ventajas para el pueblo y para los campos en difundir, con muy buscada diligencia, el folleto de D. Antonio García Maceira sobre las aves insectívoras y su mucha utilidad.

Con ello hemos hecho una labor humanitaria, enseñando al que no sabe, un trabajo social y reproductivo procurando el bien de la sociedad y de los campos. Nadie que lea el folleto quede sin hacer propaganda, si es que conoce y siente la bondad y beneficios grandísimos, que encierra la lectura de sus páginas.

Por nuestra parte haremos cuanto podamos, porque sea leído, conocido y practicado de cuantos podemos interesar en favor del mencionado folleto.



Obra social. — No es extraño que se levanten furiosos los radicales é impíos contra las obras de los sacerdotes. Como son los enviados de Dios, continuadores de su obra cristiana sobre la tierra, son por ello, sin más razones ni más nada, considerados como los enemigos del progreso y bienestar social. Sin duda, los que así piensan y fundan sus ataques en estas altas prerrogativas, no han puesto los ojos en los bienes incalculables, que vienen á la sociedad en el desenvolvimiento de estos ministerios.

Son eminentemente sociales la realización de tan excelsas funciones cristia-

nas. Gana siempre con ellos la cultura y el progreso de los pueblos. Nadie puede oponer sólidas razones en las que pueda convencer, que no es el sacerdocio cristiano, sacerdocio de paz, de armonías, de fraternidades.

La humanidad es deudora al sacerdocio cristiano de los más luminosos pensamientos y de las obras más puramente redentoras. En ningún programa radical figura el sacrificio, como norma de moralidades y de heroísmos. La obra de que quiero hablar se titula con el modesto nombre de Patronato. Es de mucho provecho para el pueblo, de mucha honra para la religión cristiana, de mucha constancia para el que desempeña sus funciones, pero también el fruto es seguro y abundante.

Consiste en aleccionar, enseñar, instruir, hacer cristianos y cristianos que sepan darse cuenta de lo que significa ser «hombre de Cristo». Se trata, pues, de rellenar el alma y el corazón de ideas sanas, claras, sencillas, robustas sobre los deberes sociales y cristianos. A los cuales han de acompañar vivos deseos de traducir las obras en bien propio y en bien del prójimo.

Tal es el *Patronato* que ha establecido á la sombra de la parroquia el celoso, digno Cura párroco de Aldealengua D. José Ramos. Yo no quiero agraviar á nadie, porque aunque lo propusiera, no lo conseguiría del corazón mío, pero sí quiero decir que este párroco, D. José Ramos, es un sacerdote ejemplarísimo, de altas virtudes, de nobles sentimientos, de grandes ideales, y que yo, si pudiera, le mandaría las alabanzas de todos, como le mando la mía.

Así es como se ganan las almas y se convierten los pueblos, y se imita la labor de Cristo, sin miedos, sin zozobras, con la cara puesta á la contradicción, y á otras cosas que vienen de amigos y de enemigos. El que obra por Dios y el cumplimiento del deber jamás se le ocurrió temer de los enemigos, cuanto más mejor; este es el acicate más poderoso para trabajar.

Con esta alabanza enviamos al amigo y Cura párroco de Aldealengua un desquite, aunque pequeño, de los muchos trabajos en su obra de redención popular.



A Sevilla. — A repetidas instancias de párrocos y altas personalidades de Sevilla, ha salido para aquella ciudad, nuestro querido é ilustrado redactor jefe D. Gonzalo Sanz, Canónigo de la S. I. C. de Salamanca.

Habían mostrado muy especial empeño porque fuera á la ínclita ciudad de Sevilla nuestro redactor jefe, y aunque él procuró excusarse de muy delicadas maneras, rehuyendo la publicidad y alabanzas, al fin hubo de acceder á los reiterados y vehementes deseos de los sevillanos, lo mismo sacerdotes que seculares.

Había llegado hasta ellos la fama de orador que tiene alcanzada el M. I. señor D. Gonzalo Sanz, y no se avenían á la privación que sufrirían no accediendo á lo que ellos con tantas veras solicitaban, y así salió para Sevilla el 29 del mes de Marzo con el fin de predicar cinco sermones al Cristo del *Gran Poder*, y después el largo sermón del *Descendimiento*.

Estos sermones al Cristo del *Gran Poder* han sido siempre encargados á los mejores oradores de España; porque desean los sevillanos que corresponda á la devoción y entusiasmo de los fieles, la solemne y elocuente palabra de los oradores. Como orador sagrado el M. I. Sr. D. Gonzalo Sanz tiene ya reputación universal, y todo el mundo se deshace en lenguas alabando su portentosa facilidad é

imaginación, y la distinguida y espontánea manera en el desarrollo del tema y de la acción.

Los temas que había elegido para pronunciarlos en los cinco días señalados, para hablar del Cristo del *Gran Poder*, eran sugestivos en extremo, y pendían muy hondos y claros conocimientos teológicos, y no menos profundo estudio de los problemas sociales. La combinación de temas y doctrinas según el enunciado del mismo cartel de la fiesta, demuestran claro lo acertado de la elección en la doctrina, y la disposición lógica, para que en todo hubiera claridad.

En Sevilla están muy entusiasmados con la aceptación y estamos seguros que lo estarán mucho más cuando oigan de sus labios las alabanzas al Cristo del *Gran Poder*, porque se junta la armonía de la frase al decir rotundo y delicadas maneras del elocuente y célebre orador M. I. Sr. D. Gonzalo Sanz; cualidades que tanto brillan y entusiasman á los oyentes.

Como se habían prometido y esperaban los fieles de Sevilla, así confirman los periódicos sus presentimientos. Todos ellos vienen con alabanzas para nuestro redactor jefe por sus admirables conferencias en la parroquia de San Vicente.

El *Correo de Andalucía* las copia sintetizadas, para que se junten los encomios de los lectores á los ya tributados por los fieles de Sevilla, y llegue á noticia de todos, que es un orador de primera fila el Canónigo salmantino.

En el desarrollo de los temas, dice el *Correo de Andalucía* y con él los otros periódicos, «se reveló el Sr. Sanz orador hábil y elocuente y apologista insigne». Es imposible decir todo lo escrito en elogio de nuestro redactor jefe, pero bastan las palabras trascritas, para ver y conocer que fueron muchas y sinceras las frases de alabanza.

LA BASÍLICA agradece sinceramente las palabras de aliento y de encomio á su redactor jefe D. Gonzalo Sanz, Canónigo en Salamanca.



Princesa conferenciante.—La Princesa María del Pilar de Baviera, hija de la Infanta española Paz de Borbón, ha dado una conferencia pública ante un auditorio numerosísimo y escogido.

El éxito ha sido grande y merecido. La conferencia ha sido interesante y ha versado sobre el tema *Impresiones de España*.

Con el aparato de proyecciones hizo conocer un gran número de monumentos, paisajes y tipos españoles.

La ilustre disertante fué muy felicitada.

Ha de dar en breve otras conferencias sobre el mismo asunto.



Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

	<u>Pesetas</u>	<u>Cénts.</u>
Enviado por el Delegado de Plasencia D. Manuel Navarro: De D. ^a Victoria Iglesias, promotora, por sí y su coro.....	34	»
Enviado por la señora D. ^a Celestina Pérez de Blanco, por coros de Santiago y Vigo.....	420	»

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.